

Patricia Esteban Erlés



Manderley en venta
y otros cuentos

MANDERLEY EN VENTA Y OTROS CUENTOS

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

Patricia Esteban Erlés, *Manderley en venta y otros cuentos*

Primera edición digital: septiembre de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-647-4

© Patricia Esteban Erlés, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Colección Voces / Literatura 281

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*Nos hemos demorado en las estancias del mar,
junto a las ondinas coronadas de algas pardirrojas,
hasta que nos despiertan voces humanas, y nos ahogamos.*

T. S. Eliot

*De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace
mucho tiempo.
Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que
era imposible y quizá descortés revelarle que era un fantas-
ma, un hermoso fantasma.*

Jorge Luis Borges

UNA Y OTRA

Ambas saben de la existencia de la otra, y no porque él se haya molestado en sentarse a hablar del tema para aclarar algunos puntos, como quizás sería deseable, sino porque las dos son mujeres guapas, listas y sin escrúpulos. Son tan guapas como él, y por eso le miraron y él las miró a ellas en sendos bares nocturnos, donde resplandecían como satélites mientras el resto de los mortales se conformaba con pedir una copa o sortear las quemaduras de cigarrillos ajenos. Son guapos los tres, de eso está seguro él, que para algo tiene espejos hasta en el techo, y ellas, que saben de sí mismas lo guapas que son y que cada vez que lo miran a él piensan lo muy guapo que les parece. No dudan de que su adversaria será igual de guapa, aunque esperan que no lo sea más, pero como no pueden estar seguras de eso y además de guapas son listas, ninguna de las dos cejará en el empeño de mejorar su aspecto físico. Hacen pilates y yoga, que siempre imprime un halo espiritual, una especie de luminosidad facial, un no sé qué que queda murmurando cuando pasan por la calle y los coches pitan y se asoman a sus ventanillas innumerables bustos de hombres, petrificados de puro deseo.

Las dos, decir lo contrario sería faltar a la verdad, visten de maravilla y poseen una espléndida tez. También una magnífica cabellera oscura, cada una la suya, se entiende, que flota como espoleada por un ventilador invisible, dotando a sus andares del *tumbao* inconfundible de esas mujeres que habitan un videoclip eterno. Eso, lo de la inflamada cabellera rival, también lo intuyen ambas, porque han encontrado algún que otro cabello de su contrincante atra-

pado en el peine del cuarto de baño, cabello que Una y Otra se han arrancado a posta y han enredado entre las púas con un gesto malicioso.

Las dos son mujeres de bandera, universitarias, de buena familia, bebedoras moderadas, comedoras ocasionales y amantes insaciables, sin escrúpulos. Por eso lo someten a largas maratones sexuales, cada una a las suyas, se entiende, y él, que al principio se tiene por un macho privilegiado, acabará sintiéndose exhausto, algún tiempo después. Se queda pensativo después de cada *round*, y cuando ellas se evaporan en medio de una estela de perfume camino de sus respectivos despachos, no puede por menos que empezar a preguntarse si no estará equivocándose con ese estilo de vida tan desenfrenado que lleva. No hay día que se despierte solo, pero tampoco hay dos mañanas en que lo haga acompañado de la misma mujer, y eso, quieras que no, agota lo suyo. Con el tiempo la situación empeora y poco a poco va dejando de considerarse a sí mismo un macho premiado por la naturaleza, guapo, potente y encantador, para empezar a preguntarse cómo es que su vida ha adquirido tintes de tragedia: él es el héroe magullado que amanece lleno de rasguños y con el miembro escocido, asustado; él quien debe soportar cada día los embates de un monstruo de dos cabezas, de dos melenas tentaculares, negras como ala de cuervo, que le azotan el rostro y le impiden hasta respirar.

Mientras, las dos mujeres, que ahora anotan en una libretita de carísima piel, cada una en la suya, se entiende, todos los datos que van recabando acerca de su formidable rival invisible, no aciertan a atisbar siquiera el proceso de desintegración emocional que él experimenta en paralelo. Una sabe que Otra es más desordenada que ella, porque nunca cuelga en la percha el albornoz blanco que ambas usan en días alternos al salir de la ducha, lo cual la sume en una violenta crisis nerviosa cada vez que sucede. Incluso se plantea deslizar una nota en el interior del bolsillo, para pedirle a su adversaria que tenga un poco de consideración y

no deje el albornoz desmayado de cualquier manera en el gresite del baño, dado que no es la única que lo utiliza. Otra sospecha que la fortuna familiar de Una es mayor que la suya porque se ha encontrado bajo la almohada un anillo maravilloso, con una enorme gema de color morado engarzada en oro blanco que debe de costar un riñón. Es consciente Otra de que Una es más rica que ella porque se ha dejado queriendo un objeto tan valioso, con el único fin de que ella se lo tropiece en su camino. Eso la pone frenética, tira la joya por la taza del váter, y llevada por un impulso casi suicida decide dejarse algo olvidado ella también, así que se va sin bragas por la mañana. Una encuentra el precioso tanga negro bordado con cristallitos de Swarovski entre las sábanas aquella misma noche, comprueba que es de una talla inferior a la suya y se enfada tanto que se abalanza sobre su amante y le echa tres polvos seguidos, sin mediar palabra. Ni aun así logra calmarse, pero al menos consigue dormir un poco, mientras él, con los ojos inyectados en sangre y el corazón medio paralizado en el centro de su antaño magnífico pecho de protometrosexual, solo acierta a confesarle al tipo con pinta de moribundo del Greco que le mira desde el techo que quiere morirse, de una puta vez. La historia tiene un desenlace más o menos previsible. Tras seis meses de guerra fría, Una y Otra se conocen tan bien que podrían ser la Misma. Buscan sus siluetas en las sábanas de la cama de él, olvidan prendas, joyas, hacen competiciones de orgasmos y escriben con lápiz de labios en el espejo el resultado de cada noche. Olfatean el aire y adivinan el perfume que utiliza la otra, buscan una esencia más persistente que la de su adversaria, se excitan cuando la encuentran y él piensa, por momentos, que está viviendo una pesadilla olfativa, que va a asfixiarse en medio de una nube de opio y tuberosa. Ambas sienten que el fin anda cerca, que pronto se sabrá quién es la más guapa, la más lista, la más sin escrúpulos... Una noche de viernes ambas deciden por su cuenta que esa es la noche y lo convocan, cual temibles oráculos. Las dos le llaman por teléfono en algún momento del día y le proponen una cita a él, que todo

lo más querría seguir desparramado en el sofá de piel de cabra etíope. Una sabe que en puridad esa noche le corresponde a Otra, pero no está dispuesta a que su rival le robe ni una sola de sus veladas para la celebración del duelo. Lleva en sus venas la sangre de legendarios hombres de negocios y jugadores empedernidos de bacarrá que amasaron grandes fortunas porque no dudaron en enviar un sicario a medianoche a casa de su principal adversario o en hacer trampa descaradamente, si la ocasión así lo requería. Como sus ancestros, también ella decide invadir el espacio de su enemiga y jugar de farol, segura de que al final el triunfo será suyo. Otra, en cambio, proviene de un linaje de viudas negras, especialistas en conceder préstamos impagables a pequeños comerciantes venidos a menos, a los que contemplaron vagar desorientados y cada vez más débiles sobre la tela de araña que tejieron a su alrededor a base de réditos y gravámenes, hasta que todos ellos perecieron desangrados por los feroces intereses. Otra escucha a sus arácnidos genes cuando le susurran que lo más sabio es esperar, porque esa será, sin duda la primera noche de la larga vida que pasará junto a su amado.

Él suspira. Duda. Acepta por dos veces, se escucha vacilar al fijar una hora y pronuncia en dos ocasiones un *yotambién* casi interrogante, desvaído como el agua domesticada que languidece en los estanques de Monet. Cada vez que cuelga cierra los ojos, se dice que ha hecho lo correcto, que esa situación ya no puede prolongarse más, que sin duda esta decisión precipitará el fin cuando ambas se encuentren. Así es como las dos acceden al apartamento haciendo uso de su llave, cada una la suya, se entiende. Él las oye llegar, siente sus pasos mullidos sobre la alfombra Roche Bobois de color cáscara de huevo que recubre el pasillo. Una es el fantasma de Otra, Otra es el eco de Una, se dice. Las dos toman posiciones en la oscuridad de una esquina del dormitorio, él solo espera en el centro exacto de la cama. Ambas se dejan puestos los tacones y se entregan

con fiereza al cuerpo del amante, lo hacen a oscuras, preocupándose tan solo de devorar al otro, de someterlo a su poder de hembras carnívoras y perfectamente depiladas. Quieren escuchar que han vencido y no se preocupan por nada más. Entre jadeos exigen que él se manifieste, que declare cuál es la mejor. Pero nadie contesta a su demanda, solo se escucha el tictac de diseño del reloj despertador, y cuando se incorporan para buscar a tientas el interruptor de la luz, descubren al otro lado de la cama a una fiera expectante, de cabellera morena y ojos que sangran rímel, a punto de saltar sobre su víctima.

DE CULOS Y MANZANAS

Para los amores fallidos, sin ellos no hay historias

Cuando Culo de Manzana me dejó llevé a cabo un dramático ejercicio de exorcismo para arrancarla de mi vida. Borré todos sus correos, rompí las cartas que me había mandado en sus fases de romanticismo más exaltado y eliminé nuestro perfil de la página de contactos donde nos habíamos inscrito en busca de nuevas experiencias. Sin embargo, confieso que no reuní el valor suficiente para deshacerme de las fotos que acompañaban nuestros escuetos datos de presentación (pareja de treinta años, atractiva, liberal...) y acabé pasándolas a un archivo del ordenador que se llamó culodemanzana.doc. Intuía que se acercaban tiempos muy difíciles para mí.

Para entonces, Culo de Manzana ya estaba con otro. Siempre pensé que la historia venía de antes, aunque cuando tuvimos ocasión de hablar de ello juró y perjuró que habían empezado a tontear por *mail* a últimos de octubre y que no se vieron en persona hasta cinco días después de la que para ella fue nuestra «bronca definitiva». Como si eso pudiera servirme de algún consuelo, no te jode. El caso es que me enteré muy pronto de los detalles de aquella devastadora relación, tanto más devastadora porque hasta bien entrado el mes de diciembre yo todavía albergaba la esperanza de una reconciliación gloriosa, como gloriosas habían sido todas las anteriores. Claro que antes no estaba él, tan alternativo, tan *cool*, tan ufano en su faceta de expendedor ambulante de entradas para los mejores estrenos teatrales y los conciertos de esos cantautores sexagenarios

que a ella le chiflaban. El muy cretino tuvo que encontrar por casualidad el blog donde Culo de Manzana colgaba algunos de los relatos que nunca le premiaban en los modestos concursos locales a los que concurría, y dejar un ingenioso comentario cargado de oscuras intenciones en uno de sus posts más flojos.

La primera noche se bebieron toda la cerveza de la calle Alfonso mientras hablaban como cotorras de la nueva poesía aragonesa y el cine mejicano de Buñuel, temas en los que él, modestamente, se autoproclamaba experto. Se enamoraron perdidamente y nadie en la ciudad dejó de saberlo: iban de la mano a festivales de cortos, al Rastro, a cenar en restaurantes de comida minimalista. Una buena amiga me contó que a mediados de diciembre se había encontrado a Culo de Manzana en la sección de complementos de El Corte Inglés, comprando un gorro de lana y unos guantes Thinsulate, porque, según le explicó, riendo alborozada, *qué locos estamos, maja, este chico es la pera*, se iban a Moscú a pasar el fin de año. Hace falta ser idiota.

Estaban en todos los conciertos de *La Campana*, en todas las exposiciones de *La Esfera*, en todos, absolutamente todos, los bares. Zaragoza se convirtió en una trampa gigante, por eso nunca me sentía seguro en ningún sitio y bebía nervioso mis cervezas, con los ojos puestos en la gente que cruzaba la puerta como si le debiera dinero a alguien que estuviera a punto de aparecer. Nunca paraba mucho tiempo en ningún garito y tenía un miedo atroz a encontrármelos de pronto, de frente, porque temía echarme a llorar como un crío. Aborrecía al tipo ese que me había borrado de su mapa, pero lo cierto es que a Culo de Manzana seguía amándola con la misma desesperación de siempre. Aunque no la vi durante todo aquel tiempo fui sabiendo, también por comentarios de amigos comunes, de la transformación física que se estaba operando en ella, *no la conocerías*, me decían. Cuando pregunté cuáles eran aquellos cambios me dijeron que ahora iba de rubia platino, que estaba más delgada y lucía minifaldas casi imper-

ceptibles y botas de tacón alto. Otra buena amiga, rozando el colmo de la observación sádico detallista, añadió que hasta olía de forma diferente. Su nuevo perfume tenía notas cítricas, precisó, seguramente de mandarina, cedro y bergamota. Pero cómo, pensaba yo, desolado, si ella era de manzana.

Me sentía completamente perdido y no era para menos. La mujer a la que quería y con la que había pasado el último año y medio de mi vida se había desintegrado en menos de un mes. No había cadáver por el que llorar, en todo caso una Cyndi Lauper de provincias que cerraba todas las noches el Zeta del brazo de ese tío insoportable que siempre salía fumando en las fotos. ¿Que cómo lo sé? Pues porque busqué su nombre en el Google y la caja de los vientos le vomitó a mi curiosidad insana varios cientos de entradas. Presentaciones de cortos cutres y documentales más cutres aún, decenas de premios que le suministraban sus amigos periodistas merced a sus pésimos relatos. Revistas poéticas que incluían los aforismos que pensaba en el váter y hacía con el culo. Crónicas de fiestas absurdas. Fotos. Fotos suyas en las que aparecía mirando a la cámara desde diferentes ángulos, mucho más flaco que yo, tocado con un ridículo sombrero de gánster o con boina de italiano neorrealista, vestido de negro y con el eterno Ducados colgándole como una baba del labio inferior. Pero lo peor vino cuando se me metió en la cabeza que ese tío me miraba a través del cristal como dándome el pésame. Aquello ya fue superior a mis fuerzas. Una noche salí de mi burbuja de alcohol e internet para encontrarme sentado frente al ordenador, escupiéndole a la pantalla la misma letanía, *Cabrónhijodeputadevuélvemela*, más y más alto cada vez. La vecina de al lado daba golpes en la pared y chillaba que iba a llamar a la policía. Había tocado fondo.

Intuía que ella se hallaba sumida también en su propio proceso de desmemoria acelerada, solo que con resultados mucho más satisfactorios. Supongo que por pura felicidad defenestró mi muñequito verde del messenger y puede, no

lo sé, la verdad es que olvidé preguntárselo, que hasta borrara mi móvil de su agenda. Lo cierto es que por mucho que miré la pantalla de cuarzo líquido, nunca recibí un mensaje suyo, ni siquiera para saber cómo estaba; todo lo mío había dejado de importarle, en una palabra, y a mí solo me quedaba consolarme con sus fotos.

En este punto de la historia debería explicar que Culo de Manzana odiaba las fotos normales porque decía siempre que salía horrorosa, como movida y desigual, *mira qué careto, decía, parece un reloj blando de Dalí*. No me dejó sacarle fotos en la excursión que hicimos al Monasterio de Piedra, ni tampoco en nuestro único viaje al extranjero, que fue un fin de semana largo en Londres para el puente de la Inmaculada. Pero cuando estábamos en la cama y yo desfundaba la cámara digital se operaba en ella una increíble transformación. Después de la catástrofe y de mi pérdida de fe en el universo entero, me refugié como un eremita en aquella colección de imágenes donde ella, menos mal, continuaba tumbada para siempre en mi cama, ella era ella aún, tan guarra a escondidas. Porque sacar la cámara y poner el culo en pompa era todo uno, y vaya culo, suspiraba yo cada vez que lo miraba, en la vida volveré a encontrar algo así de prodigioso. No exagero si digo que había merecido los elogios de todos y cada uno de los candidatos a iniciarnos en el mundo de las orgías que habían contactado con nosotros, nadie decía nada de mi polla, ni siquiera de sus tetas, pero su culo, realzado con el tanga negro floreado o aquel otro de la mariposita de gasa lila, era el reclamo perfecto. Cómo disfrutábamos leyendo todos aquellos mensajes incendiarios, las odas a su culo de manzana.

La verdad es que viéndola vestida no podía imaginarse uno que poseyera semejante culo. Curiosamente, los vaqueros no le sentaban nada bien y por eso solía llevar faldas discretas que le disimulaban algo el perímetro de las caderas. *Soy caderona*, suspiraba desalentada cada vez que se miraba en los probadores, *qué le voy a hacer*. No tenía uno de esos culos que se llevan con ellos todos los

ojos conforme van contoneándose por la calle, pero era porque no lo sabía. Culo de Manzana no había sido consciente de su poder antes de que yo llegara a su vida, jamás se había preocupado de moverse como merecía, fui yo, yo, quien le mostró el catálogo de posibilidades que ofrecía aquel tesoro. Por mi parte, me consideraba realmente afortunado, no dejaba de reconocer mi suerte y sentía que aquel culo era mi descubrimiento, casi me atrevería a decir más: era mi creación, porque yo lo adiviné casi a tientas la primera vez que nos acostamos y lo traje a nuestra vida en común como sacado a la superficie desde una ciénaga. Sucedió una de las últimas noches del mes de agosto en que empezamos a salir. Después de que se nos fuera la mano con la sangría en un italiano terminé acompañándola al piso que compartía con dos compañeras de curro. Me invitó a subir y echamos el consabido polvo urgente en su cuarto, de esos que ni fu ni fa, sin terminar siquiera de quitarnos la ropa. Ella me gustaba de verdad y para que la cosa no resultara tan fría la besé en los labios al terminar y le pregunté en voz baja si podía quedarme a dormir. Hacía un calor sofocante y mientras se desvestía de espaldas a mí pude ver a través de la persiana cómo se filtraba el reflejo intermitente de los coches que pasaban por la calle, trazando en su cuerpo un arabesco de líneas discontinuas y súbitas oscuridades que captaron mi atención, a pesar de la crisis ética. Siguiendo con los dedos el ritmo de aquel baile de luciérnagas pude adivinar la maravilla. El conjunto de volúmenes y pendientes de Culo de Manzana fue surgiendo ante mis ojos y sin pensarlo extendí las manos para tocarlo como si yo mismo lo estuviera moldeando para crear la pieza más perfecta de un alfarero inspirado, redondo y geminado en dos increíbles pomos que sobresalían, comprobé luego, adoptara ella la postura que adoptara. Le pedí que se pusiera a cuatro patas, y fue así, cuando ella se irguió ligeramente ebria, cómo aquella manzana gigante que remataba su cintura con la generosidad de un corazón apareció ante mis ojos, rindiéndome pleitesía y provocándome, como una esclava que antes hubiera sido prostituta y con-

servara la mirada turbia de otros tiempos, intuyendo que tal vez aún podía resultarle útil. Aquella fue la primera de muchas noches en las que me la follé dos veces.

Me encantaba ver cómo ella se crecía, consciente de su poder, cómo se tumbaba entre las sábanas arqueando el lomo y me lo ofrecía entero, redondo y simétrico, partido por el tanga en dos gloriosas mitades que recordaban a la manzana del cuento de Blancanieves. Yo, a mi vez, me tomé muy en serio la promoción virtual de su manzana y me pasaba horas ensayando los mejores encuadres, la distancia perfecta para fotografiarlo con toda la parafernalia que merecía. Su culo se convirtió en el centro de gravedad de nuestra relación, todo giraba en torno suyo. Ella estaba feliz porque se sentía hermosa, yo la amaba cada vez más, conforme se iba inventando a sí misma. Su culo le devolvía una imagen inédita de su cuerpo, ella salía de la concha de chica discreta en la que había permanecido siempre, limitada por su baja estatura y los rasgos irregulares de su cara, mientras que observarla, conocerla y tenerla se convertía en la pasión de mi vida. Culo de Manzana era un auténtico milagro.

Llegamos a inventarnos un lenguaje obsceno, a fuerza de acuñar el sinfín de metáforas groseras que nos inspiraba su jopo. *Voy a pelarte la manzana*, recuerdo que le solté yo una lluviosa tarde de domingo en cuanto me abrió la puerta, blandiendo ante sus ojos un paquete de *Gillette blue for woman*. *Te voy a dejar la manzana tan brillante que los pintores de bodegones se van a dar de hostias por pintarla*, le decía mientras le embadurnaba el culo con aceite esencial de aloe vera. Otras veces ella me pedía que le mordiera su manzanita, y yo cumplía órdenes, hasta que el culo se le ponía rojo Royal Gala. Por no hablar de cómo la sodomice con mi gusano hambriento, por dos veces, en un probador de El Corte Inglés, mientras le tapaba la boca con la mano. Aquel culo me inspiraba, yo me sentía poseído por mi faceta de artista porno hasta el punto de que en una ocasión lo fotografié rodeado de manzanas de verdad, para que se